



# LA CRISIS SIRIA EN EL MARCO DEL G-20

Por Imanol Barrangú

**S**i actualmente hay algún foro u organismo internacional que acapare la atención de todo el mundo, ese es el Grupo de los 20. No sólo por la importancia —política y económica— de los países que están allí representados sino también por la magnitud y el impacto de los asuntos que se debaten en su seno. Originariamente el G-20, que agrupa a las naciones más desarrolladas y a las economías emergentes, fue concebido como un foro de concertación y cooperación entre los países con un doble objetivo: por un lado, coordinar políticas para lograr la estabilidad económica y el crecimiento sostenible, y por el otro, favorecer la reestructuración del sistema financiero internacional para reducir sus márgenes de incertidumbre. Particular relevancia cobró este organismo informal a partir del año 2008 cuando se desató en Estados Unidos la gran crisis económico-financiera cuyos efectos perdura hasta la actualidad y cuya solución requiere de la constante coordinación macroeconómica entre los países de mayor impacto sistémico. Sin embargo, y más allá de las obvias y necesarias referencias a las cuestiones económicas, la agenda de la última reunión del G-20 estuvo marcada por la guerra civil que atraviesa Siria. Estando los representantes de los países más re-

levantes del escenario internacional hubiera sido inexplicable —y hasta contraproducente— no abordar dicha cuestión. Sobre todo cuando luego del G-8, celebrado en junio en Irlanda, quedó demostrado que sin la concurrencia de los países emergentes ninguna decisión de peso tendría la legitimidad y el impacto esperado. En los primeros días de septiem-

**“El presidente de los Estados Unidos arribó a San Petersburgo con un ambicioso objetivo: encolumnar a todos los países detrás de su decisión de intervenir militarmente en Siria”**

bre la atención mundial se centró en el Palacio Constantino, en San Petersburgo, el cual acogió a los mandatarios de los veinte países miembros por el transcurso de dos días de debates. Estados Unidos y Rusia llegaban a esa reunión con un largo camino de desencuentros y tensiones. Las filtraciones del ex contratista de la CIA, Edward Snowden, el asilo temporal que le brindó Rusia y el masivo programa de espionaje internacional que llevan a cabo los Estados Unidos —sin hacer distinciones entre amigos y enemigos— contribuyeron a enfriar las relaciones entre las dos poten-

cias. Y por si fuera poco, el complejo entramado que supone la situación siria terminó por distanciar aun más las posturas de ambos países.

El presidente de los Estados Unidos arribó a San Petersburgo con un ambicioso objetivo: encolumnar a todos los países detrás de su decisión de intervenir militarmente en Siria. Resta decir que no lo logró, pero resulta aún

más relevante señalar la contundencia de las afirmaciones de los demás miembros en favor de la paz. Tanto Rusia, como Italia, Alemania, Brasil, China, Sudáfrica, India, Indonesia, Egipto y la Argentina se opusieron categóricamente a cualquier decisión unilateral que suponga el uso de la fuerza contra Siria. No es una posición arbitraria o caprichosa. Es más bien una perspectiva racional y respetuosa de la legalidad internacional. Como declaró Cristina Fernández “pretender que no haya más muertos provocando muertes resulta una paradoja o un ejercicio de cinismo.” La sola pretensión norte-

americana de atacar Siria, sin siquiera aguardar el informe de las Naciones Unidas que confirmó luego la utilización de armas químicas, suponía una flagrante violación del derecho internacional y de las normas más elementales de convivencia que pocos Estados estuvieron dispuestos a consentir. De hecho solo Francia, Canadá, Turquía y la monarquía saudita estuvieron dispuestos a acompañar a Barack Obama.

## EVIDENCIAS Y ALGO MÁS

Los discursos del presidente de los Estados Unidos estuvieron acompañados constantemente de la apelación a ciertas evidencias las cuales supuestamente demostraban la utilización de armas químicas por parte del gobierno de Bashar al-Assad. La utilización de este tipo de armas era la “línea roja” que Siria no debía cruzar si quería evitar una intervención militar en su territorio. Sin embargo, el doble estándar y el pésimo historial que ostenta Estados Unidos en materia de evidencias jugaron un papel crucial para la administración Obama a la hora de legitimar ante los líderes del G-20 y la opinión pública una guerra teñida de otros intereses. Vale destacar que este tipo de operaciones por parte del gobierno norteamericano no es ninguna novedad. Ya en 1898 el autobotaje del acorazado Maine fue



El presidente norteamericano Brack Obama en San Petesburgo.

**“Vladimir Putin emergió como el portavoz de aquellos que se oponen a la escalada bélica en Siria, algo que se sabe como comienza pero no como termina”**



El presidente ruso Vladimir Putin en San Petesburgo.

el pretexto utilizado para entrometerse en la guerra de liberación cubana contra el imperio español para luego apoderarse de la isla; en 1964 se utilizó el incidente del golfo de Tonkín para que la sociedad acepte entrar en guerra contra Vietnam; y en 2003 George W. Bush y Colin Powell aseveraban al mundo que Saddam Hussein poseía armas de destrucción masiva. Así, la búsqueda de excusas para justificar una intervención militar parece ser moneda corriente en los cálculos de las administraciones estadounidenses. Además, las operaciones son llevadas a cabo de la mano de los grandes conglomerados me-

diáticos. El “efecto CNN”, es decir comentarios políticos e imágenes de cadáveres reproducidos las 24 horas del día, sirvió para persuadir a la población norteamericana y así justificar la primera Guerra del Golfo o la invasión a Somalia. Si nos trasladamos a nuestros días vemos claramente que el modus operandi continúa intacto. Resulta por lo menos llamativo que el gobierno de al-Assad utilizara las armas químicas justamente cuando se enfrentaba con una situación militar favorable y numerosos analistas y fuentes diplomáticas no descartan la posibilidad de que éstas hayan sido utilizadas por los rebeldes

para favorecer y “legalizar” la intervención militar de Estados Unidos (al respecto, el Ministro de Relaciones Exteriores ruso, Serguei Lavrov, asegura poseer contundentes evidencias que lo prueban).

Por otro lado, las dudas se extienden hasta el mismo Ejército Libre de Siria (ELS). La opinión tan difundida de que Bashar al-Assad amedrenta a su pueblo ya no refleja la realidad de la situación. Los rebeldes han probado ser un verdadero ejército con una gran capacidad de fuego y movilización e incluso Human Right Watch ha denunciado los crímenes contra la humanidad que cometió el ELS contra las

poblaciones alauíes de Latakia. No obstante, una diferencia - nada menor- separa aquellos escenarios de posguerra fría, anteriormente mencionados, de la actual situación en Medio Oriente: el desgaste de la hegemonía norteamericana y la consiguiente emergencia de nuevos centros de poder mundial. El G-20 en San Petersburgo ofreció una clara muestra de ello. Vladimir Putin emergió como el portavoz de aquellos que se oponen a la escalada bélica en Siria, algo que se sabe como comienza pero no como termina. Incluso el Papa Francisco lanzó una gran ofensiva diplomática enviando una nota al presidente de Rusia en la cual le solicitaba a los líderes allí reunidos que “abandonen cualquier pretensión de una solución militar” en Siria. De esta manera, la pulseada entre los Estados Unidos y los demás miembros del cónclave parece haberse inclinado en favor de estos últimos. En el devenir internacional actual la balanza de poder está sufriendo constantemente nuevos equilibrios.

#### **SIRIA Y LA GOBERNANZA GLOBAL**

Desde algunos círculos políticos y académicos se ha señalado que la falta de una firme decisión contra el gobierno sirio ha supuesto un grave daño para los sistemas de gobernanza internacional. Sin embargo, el mayor daño viene dado por la prepotencia con que se ha conducido la administración norteamericana. Los sistemas de gobernanza global, como el G-20, no se debilitan por no apostar a la guerra, por el contrario resultan fortalecidos. Lamentablemente, a los halcones de la guerra les cuesta mucho comprender esto y por ello fabrican intervenciones militares legitimadas desde la prensa internacional.

Marx, citando a Hegel, decía que la historia se repite, como si dijéramos dos veces, una vez como tragedia y otra vez como farsa. De la tragedia que supuso Irak a la parodia que hubiese supuesto una intervención militar en Siria el paisaje no es muy diferente. Afortunadamente, esta farsa encontró un contundente freno en el último cónclave de San Petersburgo.